



Ordenación de presbítero

San Nicolás, 22 de diciembre de 2018

La ordenación de nuestro hermano Francisco la celebramos en el precioso marco del tiempo de Adviento; en este sábado, víspera del IV domingo de este tiempo, cuando todo nos anima a la adecuada preparación del encuentro con el Señor en las ya inminentes fiestas de la Navidad.

Esta ceremonia, siempre excepcional, me hace exclamar con S. Pablo: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en la persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales” (Ef. 1,3). En cada ordenación sacerdotal siento que la misericordia de Dios se hace desbordante para nosotros. En la ordenación de nuestro hermano Francisco se culmina la preparación inicial que ha acompañado el discernimiento y la primera maduración de su proceso vocacional.

Dios nuestro Señor le ha bendecido regalándole la vocación sacerdotal. La vocación, como gran misterio de amor y de gracia, ha sido evocada en el libro del profeta Jeremías, tal y como hemos escuchado (cf. Jer 1, 4-9); en cuyas palabras queda patente la iniciativa de Dios. Iniciativa que Jesús destaca personalmente siempre que se detiene a resaltar que Él es el que elige. En efecto, llamó a los que quiso. Desde ahí cabe deducir que el sacerdocio se fundamenta en una relación dialogante con Él, y, sobre todo, en la iniciativa de Jesús. Así aquel que ha escuchado su llamada puede decir de sí mismo: Él me quiere; existe una voluntad de Jesús sobre mí; tengo una misión recibido de Él.

Y el Señor nos ha llamado y elegido para servir. Así oímos su palabra clara, luminosa, evidente en el Evangelio de S. Juan, recién proclamado ahora mismo (cf. Jn 20, 19-23); “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”. Enviados como Jesús fue enviado. Jesús que nos dirá que ha venido no ha ser servido, “sino para servir y dar la vida en rescate por muchos” (Mt 20, 28). Bien lo vamos a ver en los próximos días

de la Navidad con cuánta sencillez ha venido; viendo que inicia su servicio y la entrega de su vida por nuestra salvación naciendo con suma sencillez, exponiéndose a no encontrar ni sitio para nacer, exponiéndose a ser perseguido al punto de ser refugiado en Egipto; todo por nosotros, todo por salvarnos.

De ahí que junto a la acción de gracias a Dios por el don del sacerdocio a nuestro hermano Francisco, pidamos intensamente por él y por todos los sacerdotes de nuestra Diócesis, para que seamos conscientes del gran regalo de la vocación y de la misión recibidas, del don de haber sido configurados sacramentalmente con Cristo Sacerdote, cabeza y pastor de la Iglesia, siervo y servidor. Servidores de su Pueblo Santo al que hemos sido enviados, para realizar, por medio de nuestro servicio en la Iglesia, su obra de salvación, cumpliendo aquella promesa consoladora, “os daré pastores según mi corazón” (1 Sam 2, 35), que culmina en toda su plenitud en Jesucristo, el único y gran pastor de nuestras almas.

Es junto, pues, que nuestra Diócesis de gracias a Dios por el don renovado del Sacerdocio, a El autor de todo bien. Y junto con la acción de gracias, que eleve la oración al Señor, por ti Francisco y por todos los sacerdotes de nuestra Iglesia diocesana, para que sean santos, hombres de oración, enamorados de Jesucristo y de su ministerio, pastores fieles y entregados, nunca asalariados, resignados y cómodos, a los que no les importan las ovejas. Pidiendo que nunca busquen le propio interés, el medio personal, el afán de poder o el dominio; que sean siempre servidores abnegados de la viña de Señor, sin profesionalizar el don que han recibido, sin escatimar nada, sin reservarse nada, dedicados al servicio del Reino de Dios, sin intereses propios, sino por Dios mismo y por el bien de tantos hombres en necesidad; sin cálculos, sin medida. Y eso sí, siempre en comunión. Como recordarnos de tantas maneras, especialmente en el Plan Diocesano de este año. Evitando el individualismo y el aislamiento, amando a la diócesis, cuidando la fraternidad sacerdotal, como nos pedía el Encuentro Diocesano Sacerdotal, trabajando en la unidad del mismo Cuerpo que es la Iglesia. Comunión. Unidad afectiva y efectiva en el interior de nuestra querida diócesis de Orihuela-Alicante.

Y hablando de amor a nuestra Iglesia, y de que Francisco ya tiene el nombramiento hecho –el Seminario- y por tanto no puede cubrir algunas de las carencias –a veces dolorosas- que tenemos, no puedo más que

pediros que recemos y trabajemos por las vocaciones. Por supuesto que nuestros seminaristas son inmensa bendición, y gran esperanza; pero sigue siendo cortísimo el número de nuestros sacerdotes –por mucho que agradezco su gran trabajo y ejemplar entrega- para las necesidades de la Diócesis.

Permitidme que insista en que nos impliquemos todos con redoblada ilusión en la pastoral vocacional: los padres, los educadores, y muy especialmente los sacerdotes y los propios seminaristas.

Estamos convencidos de que las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada son el mejor indicador de la vitalidad de una comunidad cristiana, de la misma forma que es verdad que donde hay un sacerdote santo, celoso, ejemplar y fiel, que cultiva esta pastoral específica, sigue habiendo vocaciones, pues Dios sigue llamando. Extiendo la más ferviente invitación por la pastoral vocacional y por la oración por el Seminario y los sacerdotes a todos: parroquias, colegios, comunidades, asociaciones y movimientos; es vital, sencillamente. Oremos al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Lc 10,2).

Y oremos fervientemente en esta celebración por nuestro hermano Francisco, por su familia, por los que como formadores en el Seminario y en el camino de su vida habéis acompañado su camino y vocación hasta aquí. Gracias. Dios os lo premie.

Francisco: Que la paz, la esperanza y el gozo se instalen como don del Espíritu Santo en ti. Y en todos los presentes. Así lo pido a Santa María, siempre Virgen, ella llena con su amor estos últimos días de Adviento; ella que, como leemos en el Evangelio de este IV domingo de Adviento, llena de Jesús, fue a visitar, a servir, a Isabel y la inundó de gozo hasta el punto de hacer saltar de alegría a Juan Bautista en el seno de su madre. Que Ella te guarde y te acompañe siempre. Que Ella visite y llene del gozo del Espíritu a nuestra Iglesia, haciéndola imagen viva de Cristo; a quien nos lo trajo en Navidad para ser nuestro pastor y salvador. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano.
Obispo de Orihuela-Alicante.